





Contalo
con
CUENTOS

Manrique, Mercedes

Contalo con cuentos / Mercedes Manrique. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Mercedes Manrique, 2021.
68 p. ; 30 x 21 cm.

ISBN 978-987-88-1736-1

1. Narrativa Argentina. 2. Literatura Infantil. 3. Cuentos. I. Título.
CDD A863.9282

Gracias a mis hijos, Cruz, Blas y Quinto, por ser siempre fuente de inspiración.
A mi compañero, por su apoyo incondicional.

A mi equipazo por trabajar con amor, paciencia y pasión: ilustradora, Clari Casagrande (@alamain_illustrations); diseñadora, Lu Festino (@lu.festino); correctora, Aki Obarrio (@akiobarrio).





Contarles cuentos a mis hijos antes de dormir es una cita obligada de cada noche. Algo mágico sucede en ese momento en que, vestidos en sus pijamas, se meten en sus camas esperando escuchar historias leídas o inventadas. Claro que sí, inventar también está permitido. Creo adivinarles algún brillo expectante en sus ojos y la emoción que se les cuela en sus gestos. De pronto me acuerdo de mí misma a su edad y puedo palpar la ilusión que me generaba ese cuento de buenas noches.

¿Qué es lo que más me gusta de este ritual? El encuentro ameno, las miradas atentas, las acotaciones disparatadas, la imaginación que deambula, la fantástica posibilidad de meterse en las historias, que las sientan en carne propia. Que aparezcan la empatía y la reflexión, que se queden dormidos con el sabor dulce de los finales felices. Las risas, los tonos de voz, los escenarios en donde la magia abunda. Lo absurdo coqueteando con las letras y los universos paralelos.

Un día me puse a escribir y lo primero que me pregunté fue ¿qué no puede faltar en los cuentos infantiles? Colores, sabores y sonidos. Sueños e ilusiones. Fantasía, mucha y de la buena. Escribir para niños y niñas es poder correrse de la realidad tal cual la conocemos, con sus límites y márgenes, para desdibujarlos por completo. En estos cuentos todo es posible, hasta lo que creíamos imposible. Tampoco pueden faltar animales, con sentimientos y voces propias, las rimas, los adultos presentes y las ilustraciones amorosas y expresivas.

Los finales que escondan mensajes optimistas. Palabras fáciles pero atrapantes. Gran desafío. Es que no quisiera que la persona que lea este libro tuviera que cambiar palabras para que sus hijos, hijas, nietos, nietas, sobrinos, sobrinas, las entiendan. Situaciones en las que se sientan reflejados, pudiendo procesar sus propias vivencias. Los cuentos infantiles tienen que tener alma.

Así es como nace Contalo con cuentos, un libro escrito para mis hijos y los tuyos. El título, además de ser un simpático juego de palabras, es una invitación a que los chicos se apropien de los cuentos, se sientan reflejados y representados y entonces puedan expresar y contar sus propias vivencias y emociones, a partir de ellos: miedos, tristezas, alegrías, sueños e ilusiones.

Gracias por leerme, ¡que los disfrutes!

Mechi



El día que el sol no salió

Algo muy raro pasó en la granja ese domingo de otoño. Eran las ocho de la mañana pero en el gallinero todos dormían. Las gallinas, remolonas, siempre se despertaban con el canto del gallo Ramallo que, muy puntual, cantaba su canto todos los días a las 6.07 de la mañana. ¡Cooocoorocooooo!

Entonces algunas gallinas se ponían a picotear granos de maíz, otras se quedaban echadas al sol y las demás se sentaban a poner sus huevos. Pero ese día nada de esto sucedió.

Guillermina, la gallina más vieja del gallinero, se despertó con el zumbido de la abejita Margarita que vino a avisarle algo tremendo.

—¡Guillermina, Guillermina, despiertate! ¡El gallo Ramallo se quedó dormido y el sol no salió! —le gritó al oído.

Guillermina se frotó los ojos con las alas y descubrió que era de noche. En el cielo había estrellas y la luna brillaba en lo alto. Los grillos jugaban a las escondidas y dos lechuzas charlaban en una rama.

—¿Dónde está Ramallo? ¡Necesitamos que se despierte para que el sol salga! —dijeron al mismo tiempo.



Guillermina y Margarita se fueron juntas para cumplir con una misión muy importante: que Ramallo cantara su canción.

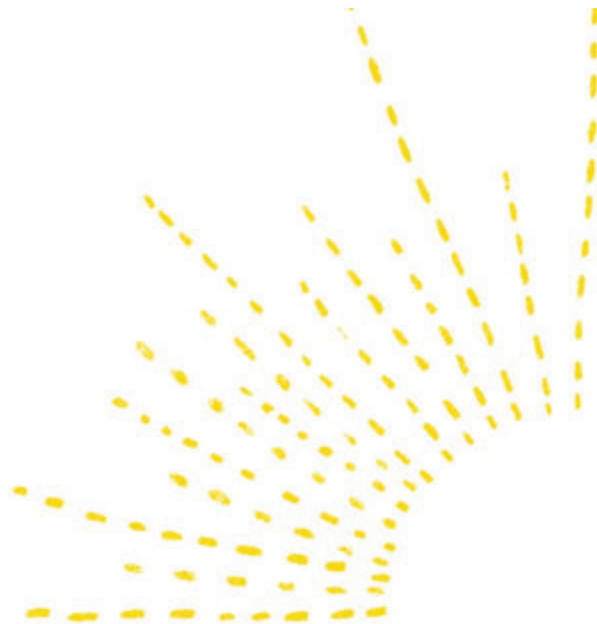
Buscaron en los techos, debajo del tractor y en el hueco de un árbol. Buscaron sobre los fardos y adentro de la carretilla. Finalmente lo encontraron en el monte, durmiendo sobre las hojas amarillas y crujientes del otoño.

«¡Este gallo es un vago!», pensaron.

Margarita se puso a zumbear cerca de su oído: zzzzzzzzzzz y Guillermina empezó a cacarear: coo cooo coooo. Pero Ramallo no se despertaba. Estaba profundamente dormido. Tenían que pensar en un plan para poder sacar al gallo de su sueño, pero ¿qué podían hacer?

—¡Tengo una idea! —dijo la abejita Margarita, con su inteligencia infinita—. Vamos a pedir ayuda a todos los animales de la granja para armar una gran orquesta, y así despertar a Ramallo y que el sol pueda salir.

La gallina corrió hasta el establo para avisarles a los caballos y la abeja voló hasta el corral de las ovejas, pasando también por los nidos para invitar a los pajaritos. Se acercaron a la laguna para buscar a los patos y a las ranas. Se encontraron todos en la puerta del gallinero para despertar a las gallinas y juntos partieron hacia el monte.



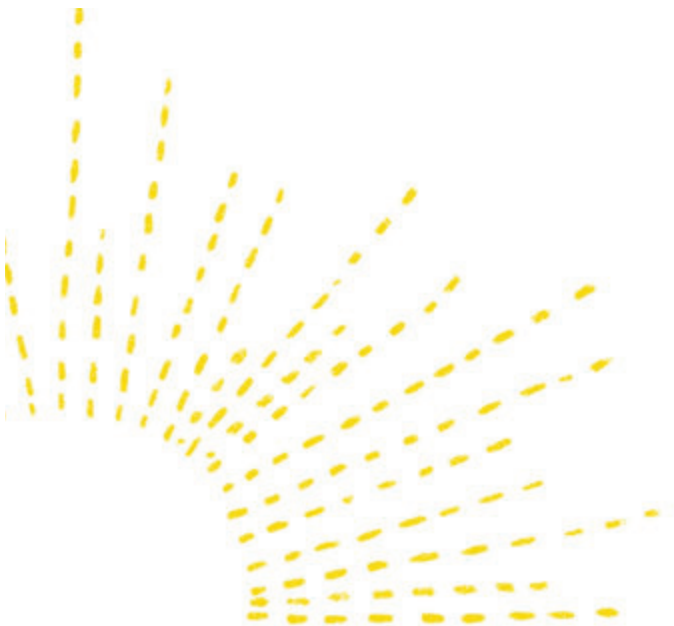


Allí estaba el gallo Ramallo plácidamente dormido. Ya eran las nueve de la mañana y todavía el sol no había salido. Es que, muy obediente, siempre esperaba a que el gallo cantara para asomarse. La chancha Pancha, que justo ese día estaba con dolor de garganta, y el caballo Pablo, que vino trotando desde el establo, serían los directores de la orquesta. Todos los animales se pararon alrededor del gallo y cuando Pancha y Pablo dieron la orden, empezó a sonar la orquesta. Cada animal hizo su sonido característico con toda su fuerza. De pronto, Ramallo saltó del susto y abrió sus ojos. Cuando vio lo que estaba pasando, él también quiso sumarse a la orquesta y empezó a cantar: ¡quiiiquiriiriquiiii!

Entonces, el cielo se puso más claro y todos se dieron vuelta para ver, allá a lo lejos, cómo el sol salía en el horizonte. Los amigos se abrazaron y festejaron.

—¡Iupiiii! ¡Lo conseguimos! —gritaron los animales—. ¡Qué bueno es trabajar en equipo!

A partir de ese día, los animales de la granja descubrieron qué importante es pedir ayuda. A partir de ese día, también, Ramallo nunca pero nunca más se volvió a quedar dormido.





Una mascota poco común

Esa tarde Juana volvía del colegio con sus dos trencitas en el pelo y la mochila en su espalda, respondiendo las preguntas que le hacía su mamá. Las mamás siempre hacen las mismas preguntas: «¿Cómo te fue? ¿Qué aprendiste? ¿Con quién jugaste? ¿La pasaste bien?». A Juana a veces le daba un poco de fiaca contestar todo el tiempo lo mismo, pero ese día respondía muy animada porque había jugado al elástico en el recreo y se había divertido mucho. Antes de llegar a su casa, su mamá siempre frenaba en distintos lugares: en la verdulería, para comprar la verdura para la cena, y en la panadería para comprar el pan fresco para la merienda. Además se cruzaba con los vecinos y se quedaba charlando de todo un poco.

«Ay, qué aburrido es cuando las mamás charlan tanto», pensaba para sus adentros.

Mientras Juana la esperaba vio algo detrás de un árbol que le llamó la atención. Cuando se acercó no podía creer lo que había encontrado. ¡Un sapo! Era verde, arrugado y blandito. Tenía ojos chiquitos de color dorado y daba saltitos mientras hacía «croqui-croqui». Al principio a Juana le dio un poco de impresión, pero cuando se agachó, lo miró y el sapo le devolvió la mirada sin escaparse; ahí nomás lo empezó a querer y se lo quiso llevar a su casa, aunque sabía que si le decía a su mamá, ella no la iba a dejar. ¿Quién tiene un sapo de mascota? Lo más común es tener un perro, un gato o un canario. Un hámster, una tortuga y hasta un conejo. Pero ¿a quién se le ocurre tener un sapo en su casa? Entonces, mientras su mamá charlaba con la vecina, Juana agarró el sapo muy despacito y lo metió en el bolsillo de su saco.

Cuando llegaron a su casa, fue corriendo al patio de atrás que tenía un cantero con plantas y flores, y lo dejó ahí para ir a comer sus tostadas con chocolatada en la cocina. No sabía bien cómo iba a hacer para cuidarlo, pero de algo estaba segura: iba a ser el sapo más feliz del mundo.

Esa noche, cuando todos en su casa dormían, Juana abrió la ventana de su cuarto, que daba al patio, y salió para ir a visitar a su mascota. El farol estaba prendido y su luz amarilla iluminaba todo el lugar. Los bichitos volaban persiguiéndose unos a otros y el sapo hambriento saltaba intentando atraparlos. Juana estaba encantada con él y pensó que tenía que ponerle un nombre. Lo agarró con las dos manos a la altura de sus ojos y, después de pensarlo un rato, dijo:

—Capo. Te vas a llamar Capo. El sapo Capo.

Capo pasaba sus días saltando entre las plantas de los canteros y por las noches se acercaba a la luz amarilla del farol para comer. Mosquitos, hormigas, cascarudos y moscas eran sus preferidos. Se convirtió en un experto cazador de insectos. Cada tarde, cuando Juana llegaba del colegio, lo iba a visitar y jugaban juntos en el patio. Ella estaba tan contenta de tenerlo, y él era un sapo muy feliz viviendo en su patio trasero. Lo único que le preocupaba a Juana era que todavía no le había contado a su mamá de la existencia de Capo, así que al día siguiente decidió decirle la verdad. Estaba segura de que la iba a convencer de quedárselo diciéndole que gracias a Capo en el patio no había más hormigas ni mosquitos. ¡Qué buena idea había tenido!

Entonces, esa noche, Juana fue en pijama y pantuflas hasta el cuarto de su mamá y le dijo:

—Mamá, tengo que contarte una cosa. ¿Podés acompañarme hasta el patio?

—¡Sí, claro! ¿Qué me querés decir? —contestó su mamá.

—En realidad te quiero mostrar una cosa, pero prométeme que no te vas a enojar.

La mamá de Juana hizo una mueca rara con los ojos y la boca, y juntas salieron al patio. Allí estaba Capo comiendo su cena de insectos y cuando la mamá lo vio se puso las dos manos en la cabeza.

—¿Y este sapo de dónde salió? —preguntó asombrada.

Juana le contó todo esperando que ella la dejara quedarse con el sapo como su mascota.

—Mirá cómo se come los bichitos, mamá, ¡es justo lo que necesitábamos!

—¡De ninguna manera! Mañana mismo dejás el sapo en la vereda. No voy a tener este bicho en mi casa, Juana.

—Pero mamá, ¡por favor!— dijo Juana con lágrimas en los ojos—. Me encariñé mucho con él, si lo dejo lo voy a extrañar tanto.

Las lágrimas saltaban de sus ojos y caían por sus cachetes.
Se fue a dormir muy triste y enojada. «¡Cómo puede ser que mamá no me entienda!», pensaba.

Al otro día Juana agarró el sapo antes de ir al colegio, abrió la puerta de calle y lo apoyó en el piso.

—Adiós, Capo. Ojalá que seas un sapo feliz. Si podés, vení a visitarme seguido y te convido con unos ricos bichitos. No me olvido de que los cascarudos son tus preferidos.

Capo empezó a saltar alejándose de ella y Juana lo saludaba con su mano mientras que con la otra se secaba sus lágrimas saladas con sabor a mar.

Entonces apareció su mamá y le tocó el hombro, se agachó y le dijo:

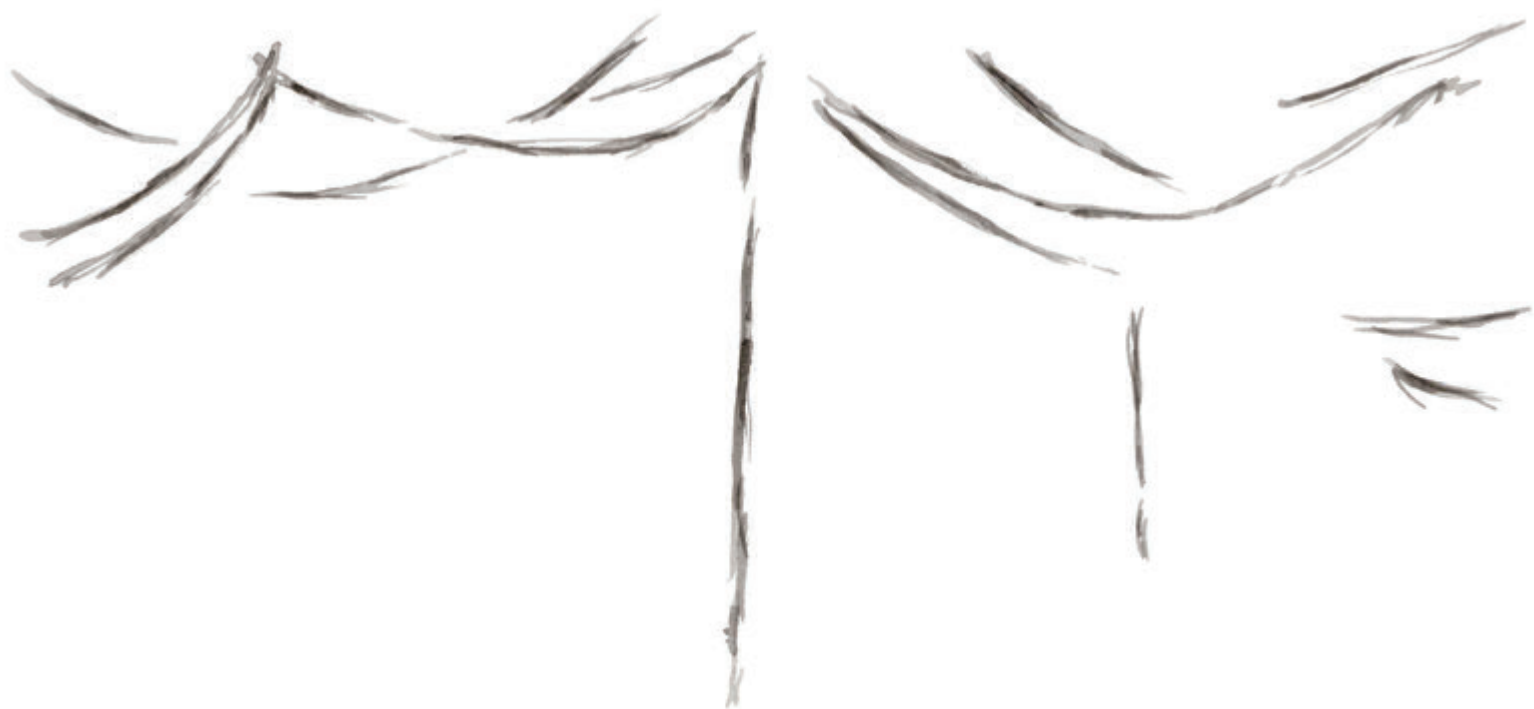
—No me gusta verte así, hija. ¿Sabías que a las mascotas hay que cuidarlas, quererlas y protegerlas? ¿Que cuando traemos un animal a casa se convierte en parte de la familia? Tener una mascota es una responsabilidad. ¿Estás segura de que querés que el sapo se quede con nosotros?

—Sí, mamá, muy segura.

—Bueno, Juana, entonces que Capo se quede y, de paso, se coma todos los mosquitos.

Juntas se rieron y se abrazaron. Juana corrió a agarrarlo antes de que diera la vuelta en la esquina. Ya estaba lista para cuidar de Capo y convertirlo en el sapo más feliz del mundo.





La araña que no quería tejer

A todas las arañas les gusta tejer sus telarañas. A todas, menos a Tania. Cada tarde, después del colegio, su mamá la llevaba a lo de la mejor maestra de telarañas. Mientras ella daba la lección del día y enseñaba a las demás arañas cómo tejer, Tania pensaba en otra cosa y se aburría tanto que se portaba mal. Caminaba de acá para allá, trepaba las paredes o se escondía debajo de una baldosa floja. Es que lo que a ella más le gustaba en el mundo era bailar. No quería tejer telarañas como el resto de las arañas, ¡ella quería bailar!

«¿Por qué si una nace araña tiene que saber tejer telarañas?», se preguntaba.

Entonces se imaginaba en un escenario con el público aplaudiéndola, vestida con su traje de danza, llevando sus patas hasta la cabeza y dando trompos en el aire, como hacen las bailarinas. Y el corazón le iba más rápido y se emocionaba de solo pensarlo. Y así pasaba sus tardes, sin prestar atención a lo que la maestra de telarañas decía.

«Algún día voy a ser bailarina», pensaba Tania cada noche antes de dormir.

¿Podrá la araña Tania convertirse en bailarina?

Al día siguiente, cuando su mamá la fue a buscar a lo de la maestra, le preguntó qué había aprendido. Tania no sabía qué contestar porque, como cada tarde, en vez de escuchar ella miraba por la ventana y soñaba despierta con teatros llenos, música, bailes y aplausos. Asustada porque pensaba que su mamá la iba a retar, Tania se puso a llorar. Buaaaahhh, buaaahhhh, lloraba la pobre arañita.





—¿Qué te pasa, mi amor? ¿Por qué estás llorando? —le preguntó, preocupada, su mamá.

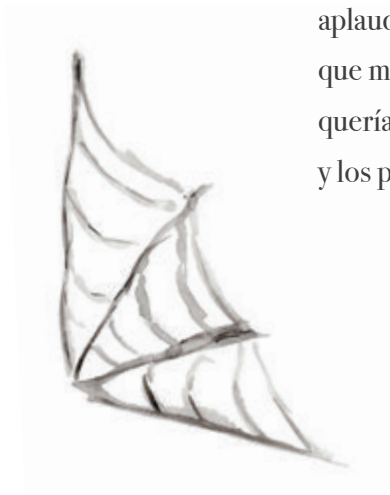
—Es que no sé cuál fue la lección de hoy porque no escuché. Mamá, quiero contarte algo. Yo no quiero aprender a tejer, lo que yo quiero es aprender a bailar.

Terminó de decir esto y se sintió mejor. No sabía lo que su mamá iba a decirle pero por lo menos se había animado a contarle la verdad. Entonces la mamá le acarició la cabeza y la abrazó.

—No te preocupes —le dijo—. Cuando yo era una arañita chiquita tampoco me gustaba tejer pero no tuve la valentía suficiente como para confesarlo. Celebro que vos sí puedas hacerlo y que quieras luchar por tus sueños. Tania, si no querés tejer telarañas y preferís ir a clases de danza después del colegio, está bien. Yo siempre te voy a apoyar.

¡Qué alivio sintió la araña Tania!

Esta araña soñadora empezó sus clases de baile, estudió, se esforzó y aprendió mucho. Y un buen día, cuando creció, cumplió su sueño de ser bailarina y de bailar en un escenario. Su mamá y todos sus amigos estaban ahí, aplaudiéndola. Ella estaba tan feliz de haber conseguido lo que deseaba. Pero lo que más feliz la puso fue otra cosa: saber que su mamá la había entendido y que la quería tal cual era. Aunque fuera una araña y no quisiera tejer. Porque las mamás y los papás siempre siempre quieren a sus hijos así, tal cual son.









Hasta la luna, ida y vuelta

Ramón tenía un sueño. No soñaba con ser marinero, escalar montañas o convertirse en superhéroe. Él quería conocer la luna. En su biblioteca tenía libros sobre ella y cada noche, antes de dormir, le pedía a su papá que los leyera, mientras admiraba la luna desde su cama. La ventana de su cuarto tenía la mejor vista y con la cabeza en la almohada iba viendo cómo cambiaba de forma con los días. La que más le gustaba era la luna llena, redonda, brillante, fuerte y enorme. Hasta parecía que se le veían los ojos y la boca. Y también cuando estaba finita porque se parecía a una uña recién cortada que salió volando tan alto que llegó hasta el cielo y quedó ahí clavada.

Una noche, cuando su papá le terminó de leer el cuento y apagó la luz, Ramón le pidió que se quedara un rato más con él.

—Papá, vos que sabés construir cosas, ¿podrías ayudarme a construir algo que me lleve hasta allá? —dijo, apuntando al cielo.

—¿Y qué se te ocurre? ¿Un avión? ¿Una nave espacial? ¿Un globo aerostático? —preguntó su papá.

—¡Sí! —exclamó Ramón—. Un globo aerostático rojo, amarillo y azul, con una canasta grande donde entremos los dos. ¿Qué te parece, papá?

—¡Me parece una idea fantástica! Mañana mismo empezamos a trabajar.

Le dio un beso en la frente y Ramón se quedó dormido con una sonrisa en la cara, imaginando la gran aventura de viajar hasta la luna.

Al día siguiente, empezaron a trabajar para cumplir el sueño de conquistar los cielos en globo. Trabajaron muy duro durante varios días y cuando el globo estuvo listo partieron un amanecer. El sol salía y ellos iban volando en su globo mirando todo desde arriba. Esa mañana había un viento que les volaba los pelos y les hacía cosquillas en la cara. A Ramón le encantaba sentir el viento en la cara. El globo iba como bailando en el aire, para un lado y para el otro, y alrededor solo se escuchaba el silencio y los latidos contentos de sus corazones.

Tardaron algunos días en llegar, pero fue un viaje que Ramón nunca se olvidaría. Atravesaron días de sol, lucharon contra tormentas y una vez estuvieron cerca de perderse porque estaba tan nublado que no podían ver bien. Casi pudieron tocar un arcoíris con la mano, abrieron la boca para tomar agua de lluvia y se cruzaron con una golondrina que les guiñó el ojo. Vieron estrellas llenas de luz y también algunas fugaces. Hasta que, finalmente, aterrizaron en la luna. Era mucho más linda de lo que él se imaginaba. Apenas puso un pie, se sintió como flotando y empezó a correr con los brazos abiertos. Casi se tropieza con una roca, ¡es que la luna está llena de rocas! ¡Cuánta emoción sentía Ramón en su corazón!

Los dos se sentaron a descansar después de tantos días de viaje. Estaban cansados pero muy felices de haber cumplido el sueño de llegar a ese lugar tan lejano y misterioso. Él siempre miraba la luna desde abajo y ahora estaba pudiendo mirar el mundo desde arriba.



«¡Wow! ¡Qué distinto se ve todo desde acá!», pensó.

—Gracias papá, por acompañarme a cumplir mi sueño. ¿Sabés qué?
Te quiero hasta la luna —le dijo Ramón.

—Y yo hasta la luna, ida y vuelta —contestó su papá.



BIENVENIDOS





Lo importante es lo de adentro

En el bosque estaban de festejo. Es que había nacido un nuevo integrante de la gran familia de animales: el conejo Alejo. Todos lo esperaban con ansias, desde la ardilla Quilla hasta el ciervo Minervo. Cada vez que nacía un animal, el bosque se vestía de fiesta y le daban la bienvenida al bebé con una gran celebración que incluía nueces, frambuesas, moras silvestres, arándanos y jugo de uva. El oso pardo era el encargado de la comida, el búho se ocupaba del jugo, y la rana y el pájaro carpintero decoraban con flores de colores y hojas de cedro.

Alejo era un conejo muy lindo y suavecito y todos lo querían mucho, pero tenía algo diferente a los demás. Sus orejas eran muy chiquitas, tan chiquitas como las de un gato. Los conejos siempre tienen orejas largas y Alejo se sentía distinto. Cada tarde, cuando iba de paseo con su mamá al arroyo, se miraba en el reflejo del agua y se le llenaban los ojos de lágrimas. Él quería ser como los demás conejos. Su mamá lo abrazaba y le decía cuánto lo quería. Para ella su hijo era perfecto. Para todas las mamás sus hijos son perfectos pero Alejo tenía un miedo: que sus compañeros del colegio se burlaran de él.

Al día siguiente era el primer día de clases. La mamá coneja lo despertó con su desayuno preferido: zanahorias y hojas frescas de lechuga. Alejo no quiso comer nada. Tenía tantos nervios que su panza se le hizo un nudo. Se puso su mochila y atravesó el bosque junto a su mamá hasta la otra punta, donde estaba el colegio al que iban todos los animales del bosque. En la puerta los esperaba la lechuza Zuza.

—Hola, Alejo. ¡Bienvenido! —le dijo acariciándole la cabeza.

Él no quería quedarse, se escondía detrás de su mamá. Pero ella lo miró a los ojos y le dijo:

—Todo va a estar bien, vas a ver.

Esas palabras lo ayudaron a juntar valor. Entonces se despidió y entró dando saltitos con su mochila. Se encontró con otros conejos jugando, todos con sus orejas grandes y largas, y a Alejo le temblaban las patitas.

«Si tan solo tuviera orejas normales», pensaba con tristeza.

Tenía muchas ganas de jugar con ellos y de hacer amigos, entonces se acordó de las palabras de su mamá —«todo va a estar bien»— y se animó a acercarse.

Qué sorpresa se llevó cuando los conejitos lo miraron y lo invitaron a jugar a la mancha con ellos. A nadie se le ocurrió decir nada de las orejas de Alejo. Es que nadie se dio cuenta de que las tenía cortas. Tal vez a nadie le importó. Él era el más rápido de todos y ninguno lo podía tocar. Corría en zigzag como le había enseñado su mamá y el resto de los conejos estaban asombrados con lo rápido que era.

Alejo se divirtió mucho y estaba muy feliz de tener amigos nuevos, y cuando su mamá lo fue a buscar corrió hacia ella y la abrazó fuerte.

—¿Cómo te fue? —preguntó mamá coneja.

—¡Muy bien mamá! Nadie me dijo nada de mis orejas y jugué mucho.

¿Mañana volvemos al cole? —le preguntó.

—¡Claro que sí! Me alegro tanto de que te haya ido bien. Nadie te dijo nada porque lo que importa no es qué tan grandes son tus orejas, sino qué tan grande es tu corazón. Nunca te lo olvides.

El conejo Alejo suspiró, como suspiran los hijos cada vez que las mamás les dicen cosas lindas, y fue corriendo en zigzag a tomar su merienda. A partir de ese día supo para siempre que lo importante no es lo que se puede ver. Lo importante es lo de adentro.







El niño que saltó hasta la nube

Ese día la plaza estaba llena de chicos haciendo la fila para que sus mamás les compraran algodón de azúcar. Dulce, suave, esponjoso y sabroso, comerse uno de esos era una tentación. Amador, el vendedor, siempre estacionaba su carrito cerca del tobogán y, apenas lo veían, los chicos corrían a su encuentro. El carrito de Amador era una fiesta de colores y sabores. La plaza se inundaba de un aroma especial que se metía por los agujeritos de la nariz y viajaba hasta la panza, donde el hambre dormía tranquilo. Pero siempre se despertaba todo despatarrado y alborotado al sentir el olor del dulce.

Entonces la panza de Segundo empezaba a rugir como un león. Pero había un solo problema: su mamá nunca le quería comprar algodón de azúcar. Que los dientes, que las caries... le daba muchas explicaciones que él no terminaba de entender. Por eso prefería subirse a una hamaca para sacarse su enojo. Eso sí, tenía una mamá que hamacaba muy bien. Lo que más le gustaba era que lo hacía con las dos manos.

«Cuando las mamás hamacan con las dos manos, hamacan mejor — pensó—. Vas tan alto que casi podés tocar la rama de un árbol o saltar hasta una nube».

Lo que más le gustaba a Segundo era cuando la hamaca bajaba: se sentía una cosquilla en la panza que nunca nadie supo cómo explicar. Para sentirla, hay que subirse a una hamaca. Entonces la panza dejaba de rugir y se ponía a reír. Y ahí Segundo se olvidaba del algodón de azúcar, pero no del todo.

Ese día estaba tan nublado que no se veía el sol, solo nubes de formas distintas. Una parecía un barco, otra tenía la forma de un caballito de mar, la de más allá se parecía a un avión. Cuando la hamaca subió, a Segundo se le ocurrió una idea un poco loca pero muy divertida: saltar con todas sus fuerzas sobre una nube que flotaba bajito. Dio un salto con los ojos cerrados y cayó sobre la nube. Cuando la pisó, se dio cuenta de que era muy blandita y se puso a saltar y saltar sin parar.

«¡Qué linda sensación la de saltar en una nube! ¡Es mucho más divertido que saltar en la cama de mamá!», pensó.

Se acostó y se sintió suavecito, como si estuviera sobre un colchón de algodón.

—Yo quiero un colchón así para mi cama —dijo.

Se zambulló adentro de la nube y se rio a carcajadas. Ahí es cuando olió el aroma del dulce. ¿De dónde viene? ¿Del carrito de Amador? ¿O de la nube? Arrancó con sus manos un pedacito de la nube y se lo metió en la boca.

—¡Algodón de azúcar! ¡Algodón de azúcar! ¡Estoy comiendo algodón de azúcar!

¡Segundo estaba tan contento! Saltaba de nube en nube sin miedo hasta que se encontró con un arcoíris lleno de colores por donde se tiró como un tobogán. Entonces vio pasar una gaviota grande que lo invitó a subirse para ir a dar una vuelta. Se subió, se agarró bien fuerte y cuando la gaviota empezó a volar se le despeinaron los pelos de su cabeza. Cerró los ojos para disfrutar del viento en la cara.

—¡Ahhh, cómo me gusta el viento en la cara! ¡Esta plaza es mucho más divertida que la de abajo! —gritó contento.

Cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que estaba otra vez en la hamaca, subiendo y bajando. La plaza seguía llena de chicos haciendo la fila para comprar algodones de azúcar. Su mamá lo hamacaba con las dos manos y Segundo sonrió. Es que nunca se olvidaría de la tarde en que, solo usando su gran imaginación, llegó hasta donde quiso.







Los pingüinos no saben volar

Fino, el pingüino, no entendía por qué había nacido ave si no podía volar. Era excelente nadador, pero cada vez que se subía a un glaciar alto y saltaba al mar en busca de peces para comer, extendía sus aletas para volar como otras aves y siempre terminaba de cabeza en el agua. Sus amigos se reían y le decían:

—Los pingüinos no saben volar. No insistas más.

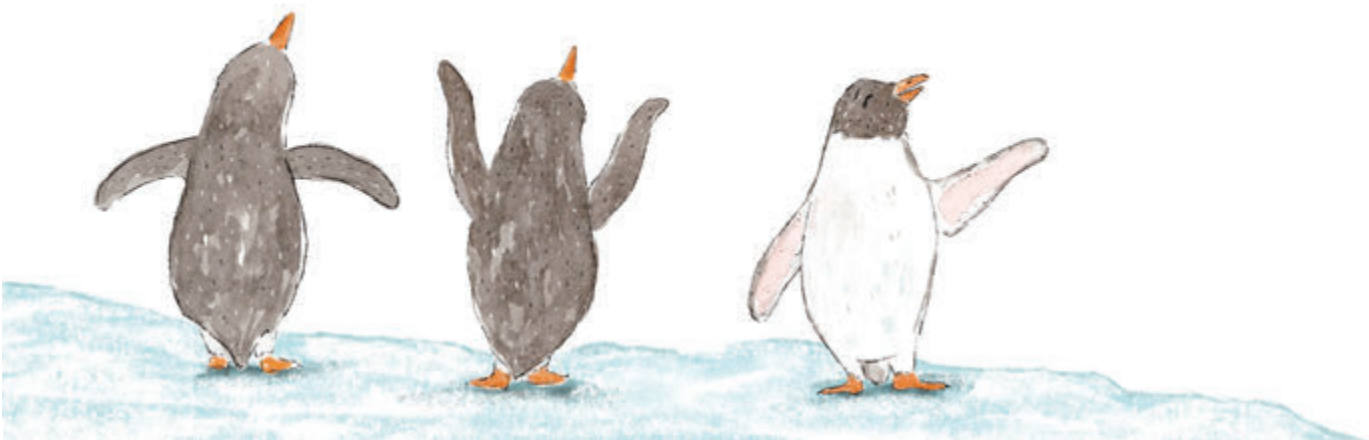
A Fino no le gustaba que le dijeran que no podía hacer algo. «¿Quién dijo que no puedo?», pensaba para sus adentros. Las cosas más difíciles eran las que más le divertían porque tenía que esforzarse y trabajar duro para conseguirlas.

Fino estaba seguro de que algún día iba a aprender a volar.

Pero no se lo decía a nadie porque no quería que su papá lo retara o sus amigos lo burlaran. La verdad es que no se conoce ningún pingüino que sepa volar, pero Fino no era uno más. Él era especial y muy cabeza dura.

Como todos los pingüinos, no dormía muchas horas seguidas sino que tomaba distintas siestas a lo largo del día. Además, dormía parado porque le daba mucho frío acostarse en el hielo. Los pingüinos, como las vacas y los caballos, pueden dormir parados.

Cuando se despertaba de la siesta, se tiraba de panza por las laderas heladas directo al mar. No sabía volar pero cuando nadaba buscando peces para la cena, lo hacía tan rápido que parecía que estaba volando.





Todos los días repetía la misma rutina. A las seis de la tarde, con el atardecer, subía al pedazo de hielo más alto y se tiraba agitando sus aletas con todas sus fuerzas. Por mucho que lo intentara, siempre pasaba lo mismo:

¡Splash!

Uy, cómo se enojaba Fino cada vez que caía al agua. Pero, sin darse cuenta, iba juntando cada vez más valor.

«Si soy un ave, puedo aprender», se repetía cada noche en voz baja. Lo decía bien bajito para que nadie lo escuchara. Es que los pingüinos son animales que duermen en grupo. Todos pegaditos para no tener tanto frío.

Pasó un año entero y Fino ya estaba a punto de darse por vencido.

—Listo, me rindo. Nunca voy a poder volar —decía el pingüino con bronca.

—Ay, Fino, cómo me gustaría ayudarte —le contestaba su prima hermana, Mariana—. ¿Y si probás una vez más?

—Bueno, está bien. Pero es la última vez.

Esa tarde el cielo se pintó de muchos colores y en la parte más alta del glaciar hacía un frío que te congelaba los mocos. Mientras miraba el paisaje, Mariana le palmó la espalda y lo alentó a tirarse. Una última vez.

—No te rindas, Fino. No importa lo que opinen los demás. Y si al final nunca lográs volar, por lo menos sabés que lo intentaste. Lo que importa es la intención —le dijo.



Cuando su prima terminó de hablar, él se paró y caminó, con esos pasitos graciosos que hacen los pingüinos, hasta la orilla del glaciar. Miró al cielo, justo pasó un águila que lo saludó y Fino le devolvió el saludo. El agua estaba calma, no había viento y su corazón palpitaba muy rápido. Saltó agitando sus alas más fuerte que nunca y cerró los ojos. Era la última oportunidad que le quedaba. Esta vez, Fino no cayó al agua sino que se mantuvo en el aire, como flotando. Mariana lo alentaba y él seguía moviendo sus aletas entre carcajadas.

—¡Estoy volando! ¡Estoy volando! —gritó.

Se deslizó suavemente por el aire hacia abajo, para un lado y para el otro, fascinado con poder mirar las cosas desde otro lugar y con poder cumplir su sueño de volar. Abajo lo miraban sus amigos y su familia con la boca abierta, dando saltitos de emoción.

—¡Les dije que si había nacido ave tenía que poder volar! Si tienen un deseo, luchen por él. No se queden de aletas cruzadas, esperando.

Así fue como Fino se convirtió en el pingüino más importante. Aquel que pudo cumplir su sueño: el de volar.





Al galope

Había una vez, tres hermanitos que estaban de vacaciones en el campo y decidieron ir a dar una vuelta al galope, justo cuando el sol empezaba a caer y ya no hacía tanto calor. A esa hora el cielo parecía un dibujo lleno de colores. Naranja, rosa, rojo y azul. Se levantaba un vientito que apenas sacudía a los árboles y el olor a campo se colaba en las narices: pasto mojado mezclado con flores silvestres y hojas de eucaliptus. ¡Delicioso!

Salieron muy contentos en La Mora, Consentida y Garúa, las tres yeguas más mansitas. Al paso, al trote y al galope. Galoparon por un camino de tierra rodeado por árboles muy altos, fueron a ver las vacas que pastaban en el fondo del campo, pasaron a saludar a las potrancas y también pararon en el molino a tomar agua. Se subieron a los fardos y jugaron a las escondidas. A estos hermanitos les encantaba salir al galope, pero ese día pasó algo que no se imaginaron...

Resulta que estaban tan divertidos que no se dieron cuenta de que se estaba haciendo de noche. Su mamá les había dicho que volvieran temprano. ¡Tenían que apurarse! Entonces se subieron a los caballos y empezaron a volver a casa, pero a mitad de camino se puso muy oscuro. ¡Ya se había hecho de noche! A los hermanitos les dio un poco de miedo porque no veían nada. Justo esa noche no había luna ni estrellas que pudieran alumbrarlos. Tampoco tenían linternas. ¿Cómo iban a hacer para volver a casa?

Ahí estaban los tres, Cruz, Blas y Quinto, subidos a sus caballos sin encontrar el camino de vuelta. Uno propuso que se quedaran a dormir en ese lugar pero ninguno se animó. A otro se le ocurrió gritar muy fuerte para que su mamá los escuchara y los viniera a rescatar. Y Quinto, el más chiquitito, se puso a llorar. Estaban solos, de noche, perdidos en el campo oscuro. Se escuchaban ruidos raros y empezaba a hacer mucho frío.

Muy cerquita había unas luciérnagas que escucharon lo que estaba pasando y sin dudar se acercaron:

—Hola chicos, ¿necesitan ayuda? —les preguntaron.

—¡Siiii! —contestaron al mismo tiempo—. Tenemos que volver a casa pero no vemos nada.

—Esperen acá, no se muevan, ya volvemos —les dijeron.

Las luciérnagas se fueron un buen rato hasta que aparecieron todas juntas volando en bandada. Habían ido a buscar a sus amigos y a las familias de sus amigos, se acercaron a los chicos y los rodearon, iluminando el camino. Se veían muchas, muchísimas lucecitas. Tantas, que parecía casi de día. Ellos se pusieron muy contentos, se subieron a los caballos y siguieron a las luciérnagas que iban adelante guiando el regreso. Los chicos ya no tenían miedo.

Cuando llegaron a su casa, se abrazaron con su mamá y su papá y les contaron la gran aventura que habían vivido. Al momento de dormirse, ya bañados y en pijama, vieron por la ventana cómo las luciérnagas se alejaban. Las saludaron muy agradecidos y les prometieron ir a visitarlas al día siguiente. Eso sí, con la condición de volver antes del atardecer.





Con ojos de amor

La tortuga Tataúga, la más vieja de todas las tortugas, tenía como ciento cuatro años. Cada vez que el invierno se alejaba y las primeras flores empezaban a nacer, citaba a todos los animales para una reunión general. Los encuentros siempre se hacían en el mismo lugar, el mismo día y a la misma hora: en el claro del bosque, el séptimo día de primavera a las 9.23 de la mañana. Ni un minuto más temprano, ni un minuto más tarde. Tataúga, más conocida como Tata, era una tortuga muy puntual.

Llegaban animales de todos lados. De la selva, del campo, del desierto y, claro, del bosque. Era el encuentro más esperado del año porque cada animal contaba cómo estaba el lugar donde vivía, la relación con los otros animales, cómo se sentían, si había algo que cambiar o alguna duda. La tortuga Tataúga, sabia y de voz afónica, siempre los escuchaba con oídos de amor.

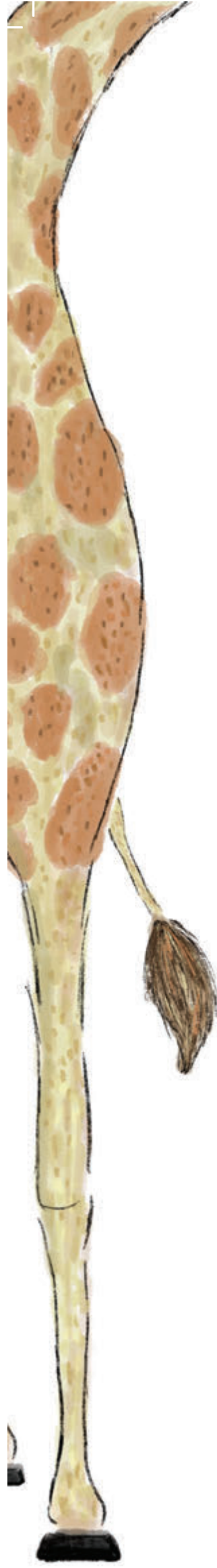
A las 9.22, muy puntuales, ya estaban casi todos los animales reunidos haciendo lío. Entre ellos estaba la jirafa Rafa, el puercoespín Fermín, el flamenco Arencó, la hormiguita Rita y la mariposa, graciosa y hermosa, que se llamaba María Rosa. También apareció corriendo el elefante Dante, siempre campante mirando para adelante.

Mientras los animales saboreaban la tarta de frutos del bosque que Tataúga les había preparado, ella empezó a hablar:

—Quiero preguntarles cómo están, cómo se sienten, si quieren compartir algo... estoy para escucharlos y guiarlos —dijo Tata.

Dante, el elefante, que todavía respiraba agitado por venir corriendo desde la selva, rompió el silencio.





—Yo ando un poco cabizbajo. Es que no me gusta tener esta trompa tan larga. Me siento diferente al resto de los animales. A veces me gustaría ser...

El flamenco Arencó lo interrumpió, sorprendido.

—Y yo que pensaba que por ser así, tan grande, te creías todopoderoso. En cambio yo, con estas patas tan débiles, me siento raro. Ojalá las tuviera tan fuertes como las tuyas.

—Bueno, ya que estamos de confesiones, a mí me gustaría decir algo —dijo Rita, la hormiguita—. Soy tan pero tan chiquitita que nadie me mira. Siempre me tengo que preocupar por que nadie me pise o que alguna tormenta no destruya mi hormiguero.

—A mí no me gusta ser tan alto —confesó Rafa, la jirafa—. Nunca escucho las conversaciones porque estoy allá arriba, lejos de todos. Me siento solo.

Fermín, el puercoespín, que estaba muy nervioso, dijo:

—Y a mí, con estas púas puntiagudas y afiladas, me cuesta hacer amigos. Todos piensan que soy muy peligroso y se escapan de mí. ¡Ay, eso me pone tan triste!

—¿Pero ustedes de qué se quejan? —dijo María Rosa, la mariposa—. Esta es mi primera y última reunión porque no existe animal que tenga una vida tan corta como la mía. Las mariposas vivimos semanas, las más suertudas tal vez algunos meses. Tenemos muy poco tiempo para disfrutar de la vida.

A María Rosa se le escapó una lágrima que trató de disimular con su ala derecha.

Entonces, llegó el silencio. Todos se quedaron pensativos, mirándose, un poco aliviados de haber podido contar cosas que jamás habían dicho y por descubrir que a los demás también les pasaba lo mismo.





A Tata le pareció que había llegado el momento de hablar:

—Queridos animales, debo decirles que soy una tortuga feliz porque aprendí a serlo. Soy muy lenta. Siempre que llego a un lado ya todos se están yendo. Nunca me gustó ser así hasta que entendí que gracias a que voy despacito puedo mirar bien lo que pasa a mi alrededor y así voy más contenta y atenta por la vida, viendo cosas que otros no ven por vivir tan apurados.

Y siguió hablándoles a cada uno de los animales:

—Dante, gracias a tu trompa larga tenés el olfato más poderoso de todo el reino animal. ¿Lo habías pensado?

»Arenco, tus patas de flamenco no son débiles. Te sirven para caminar por el agua para cazar y comer. Si fueran más grandes, todos los peces se darían cuenta y saldrían nadando rapidísimo antes de que puedas pescarlos.

»Rita, ¿sabías que ustedes, las hormigas, son más fuertes que cualquiera? Pueden levantar mucho peso en sus cuerpos diminutos. Eso las hace muy especiales.

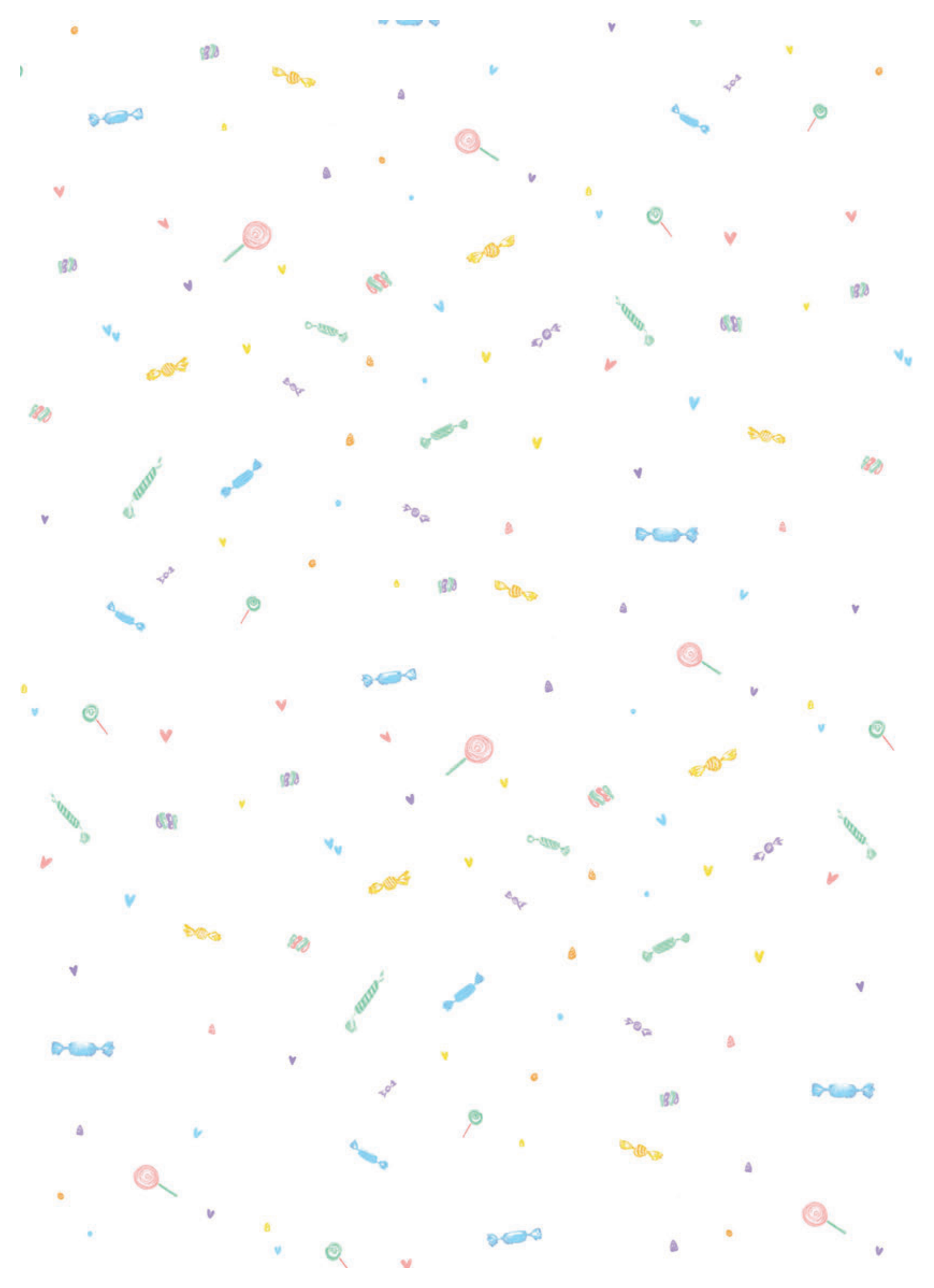
»Rafa, si no fueras tan alto, no podrías comer las hojas más sabrosas y tiernas de los árboles, las que están arriba de todo.

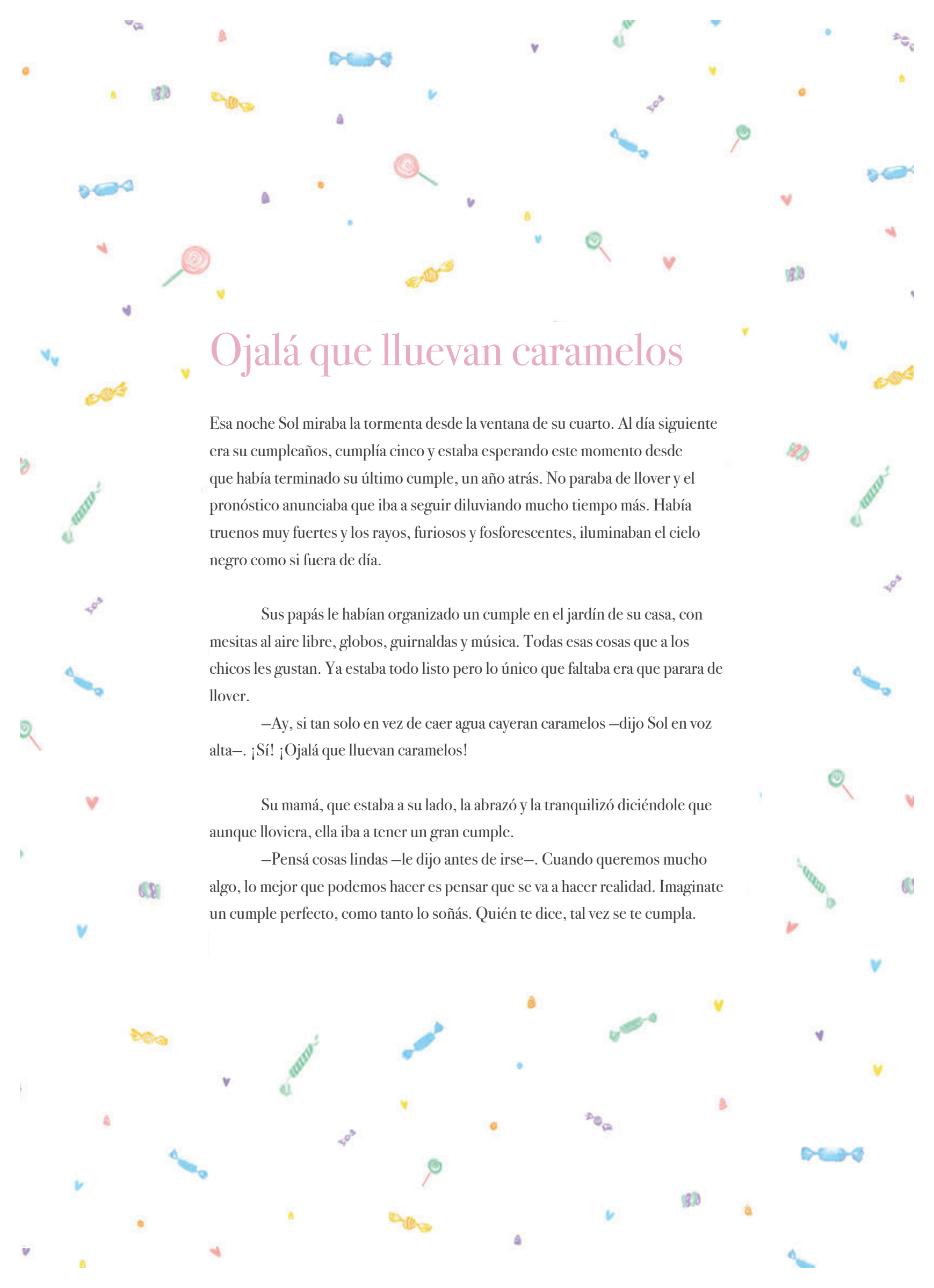
»Fermín, tus púas son para defenderte de los animales que quieren atacarte. ¡Por suerte las tenés!

»María Rosa, sos una mariposa muy talentosa. Seguro vas a darte cuenta de que al vivir tan poco, no te queda otra opción que aprovechar la vida. Ya, ahora, sin perder tiempo.

Todos miraban a Tata. Ninguno había pensado nunca nada de lo que ella les dijo. ¡Y cuánta razón tenía!

—Los invito, queridos animales, a mirarse con ojos de amor —dijo Tata—. Solo así verán lo maravillosos que son.





Ojalá que lluevan caramelos

Esa noche Sol miraba la tormenta desde la ventana de su cuarto. Al día siguiente era su cumpleaños, cumplía cinco y estaba esperando este momento desde que había terminado su último cumple, un año atrás. No paraba de llover y el pronóstico anunciaba que iba a seguir diluviando mucho tiempo más. Había truenos muy fuertes y los rayos, furiosos y fosforescentes, iluminaban el cielo negro como si fuera de día.

Sus papás le habían organizado un cumple en el jardín de su casa, con mesitas al aire libre, globos, guirnaldas y música. Todas esas cosas que a los chicos les gustan. Ya estaba todo listo pero lo único que faltaba era que parara de llover.

—Ay, si tan solo en vez de caer agua cayeran caramelos —dijo Sol en voz alta—. ¡Sí! ¡Ojalá que lluevan caramelos!

Su mamá, que estaba a su lado, la abrazó y la tranquilizó diciéndole que aunque lloviera, ella iba a tener un gran cumple.

—Pensá cosas lindas —le dijo antes de irse—. Cuando queremos mucho algo, lo mejor que podemos hacer es pensar que se va a hacer realidad. Imaginate un cumple perfecto, como tanto lo soñás. Quién te dice, tal vez se te cumpla.



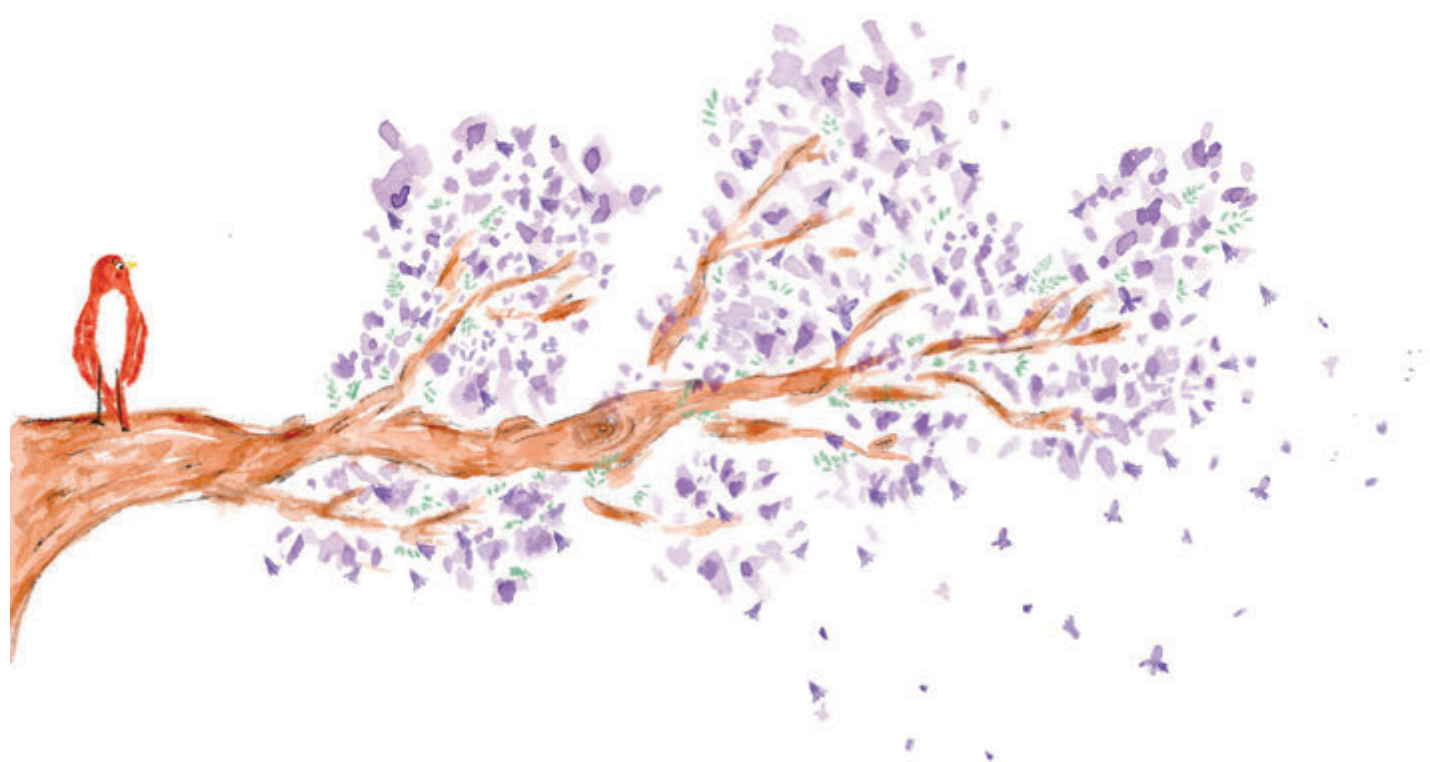
Entonces Sol apoyó la cabeza en la almohada, cerró los ojos y empezó a imaginar algo que la llenó de emoción. En sus pensamientos mágicos la lluvia se transformó y en vez de caer agua... ¿qué empezaron a caer? ¡Caramelos! De frutilla, de naranja y de uva. También de limón y de menta. Caramelos de chocolate y de ananá. Miles y miles de dulces caían de las nubes convirtiendo el cielo oscuro en uno lleno de color y sabor. Pero esas cosas solo pasan en los sueños. O en los cuentos. Nunca nadie escuchó que pasaran en la vida real.

De a poco se fue relajando y se quedó profundamente dormida con una sonrisa en la cara, soñando el mejor cumple de su vida.

A la mañana siguiente, muy pero muy temprano, abrió los ojos, saltó de la cama y corrió hasta su ventana. Era todo tan espectacular y colorido que no sabía si estaba despierta o soñando. Del cielo ya no caía más agua, ¡caían caramelos! El jardín era una alfombra llena de dulces, un colchón de sabores, tal cual había imaginado y soñado antes de quedarse dormida la noche anterior. Gritó tan fuerte que despertó a sus papás y a su hermanito. Todos salieron al jardín en pijamas y se abrazaron de emoción, en medio de la lluvia de caramelos. ¡Como una piñata gigante!

Ahora sí, Sol y su familia estaban listos para recibir a los invitados y celebrar el mejor cumple de su vida.







Silbando ando

El día preferido de Juan era el viernes. No solo porque después viene el fin de semana, sino porque era el día en que su papá cocinaba torta de yogur. Desde el ascensor de su casa, volviendo del colegio, Juan sentía ese olorcito a torta casera recién salida del horno. Todos los viernes, con su papá, se sentaban a merendar juntos en el balcón. Ponían un mantel rojo a cuadros, hacían chocolatada en jarra y comían torta. Era un momento muy especial de padre e hijo que Juan esperaba toda la semana. El viernes anterior le había pedido a su papá que le enseñara a silbar, así que estaba muy entusiasmado con la segunda clase de silbido.

El balcón tenía tantas plantas que parecía una selva y además tenía en frente un jacarandá con flores violetas. Sentarse a tomar la merienda en ese balcón era una fiesta. En una de las ramas del jacarandá, la más fuerte de todas, vivía Benito, un pajarito con plumas rojas. Eligió ese árbol para construir su nido porque le parecía el más lindo de la cuadra y además porque desde ahí podía espiar a ese niño sonriente y pelirrojo que los viernes siempre comía torta. Cuando atardecía y Juan y su papá entraban a su casa, Benito volaba despacito, haciéndose el disimulado, y picoteaba las miguitas que habían caído al piso.

«¡Esta torta de yogur es lo más rico del mundo!», pensaba.

Esa tarde, mientras su papá le decía cómo poner la boca y la lengua para poder silbar y le mostraba cómo hacerlo, Benito los miraba con atención desde su rama. A Juan no le salía, y eso lo hacía enojar. Pero su papá le explicaba que las cosas no siempre salen bien la primera vez.

—Hay que practicar y practicar hasta que al fin salen. Sería un poco aburrido si todo lo que queremos hacer nos saliera siempre rápido, ¿no creés?



El pajarito Benito escuchaba muy atento y de pronto, ¡zas!, se le ocurrió una idea magnífica.

«¿Qué tal si le enseño a silbar a Juan? Tal vez de esa forma me inviten a probar la torta. Además tenemos algo en común. No solo somos vecinos, sino que los dos tenemos cabeza colorada. Creo que podemos ser muy buenos amigos».

Juntó coraje y se acercó caminando por la rama, que justo daba al balcón de Juan. Jamás había estado tan cerca de un humano. Siempre les había tenido miedo pero estos dos parecían muy amigables. Entonces el pajarito llegó hasta la punta de la rama, llenó sus pulmones de aire y se puso a silbar su melodía preferida.

Juan y su papá se dieron vuelta sorprendidos y se encontraron con el pajarito cantor más adorable de todos los pajaritos. Una vez que terminó su canción, Benito se quedó paradito mirándolos, esperando su reacción. Ellos empezaron a aplaudir. Es que nunca habían escuchado un silbido más lindo. Tampoco habían visto un pajarito tan bonito. ¡Qué bonito era Benito!

Pasaron toda la tarde practicando silbar. Benito empezaba y Juan lo copiaba. Cada tanto se tomaban recreos y comían torta. Claro que Benito, a esta altura, ya estaba parado en la baranda del balcón, picoteando contento su porción de torta de yogur.

Sobre el final de la tarde, justo cuando empezaba a refrescar y tenían que dar por terminada la clase, Juan pudo silbar. ¡Lo había logrado! No podía parar de inventar melodías con su silbido, ¡por fin le había salido!

Así fue como, cada viernes, padre e hijo tenían un invitado de honor: el pajarito Benito, el de cabeza colorada, el más bonito. Se hicieron grandes amigos con Juan, conocido como el niño que aprendió a silbar como pajarito.







El ratón Gastón

Todos hablando del ratón Pérez. Ay, va a venir el ratón Pérez, que el ratón Pérez esto, que el ratón Pérez lo otro. Me disculpan, pero me tiene hartó Pérez. Me presento, mi nombre es Gastón. Soy el ratón Gastón. Vivo con Gringuita, que es la abuelita de Marita, una niña a la que le gusta jugar a la rayuela y que dentro de poco se le va a caer una muela. No soy un ratón como cualquier otro. No me gusta el queso. ¿A todos los ratones les gusta el queso? Bueno, a mí no. ¿Los ratones no son amigos de los gatos? Bueno, yo sí. Además no duermo en agujeros escondidos, vivo en una casita que me construí yo mismo con las uñas que les cortan a los niños y salen volando. Esas que después nunca nadie encuentra. La casita está en el jardincito de atrás de la abuela. El ratón Pérez junta dientes caídos, yo junto uñas cortadas. Mi comida preferida es la pizza. En vez de tomate le pongo frutillas y como no me gusta el queso le pongo mayonesa. ¡Claro que sí! Soy el único ratón que come pizza de frutillas y mayonesa.

Marita viene todos los sábados a dormir. La abuelita Gringuita es la encargada de cortar las uñas de las manos y los pies. Nadie puede hacerlo más que ella. Hay cosas que solo hacen las abuelas. Ellas invitan a sus nietas y nietos para darles todos los gustos. Les sirven su comida preferida en la cama, les dan golosinas y regalos. A mí me encantan los sábados porque sé que viene Marita y que su abuela le corta las uñas. Entonces ahí estoy yo, escondido debajo de la cama, esperando que salgan volando para atraparlas. Soy un ratón muy limpio, me baño todos los días y además me lavo los dientes. Por suerte las uñas de Marita también son limpias y no tienen olor a queso. ¡Puaajjjj!

Pero hubo un sábado que la abuelita Gringuita y su nieta Marita me descubrieron. Cuando corrí a buscar las uñas cortadas me tropecé con una pantufla y salí volando. Caí justo arriba de la cama de la abuela y ellas saltaron gritando cuando me vieron.

—¿Sos el ratón Pérez? ¡Pero todavía no se me cayó la muela! —dijo Marita.

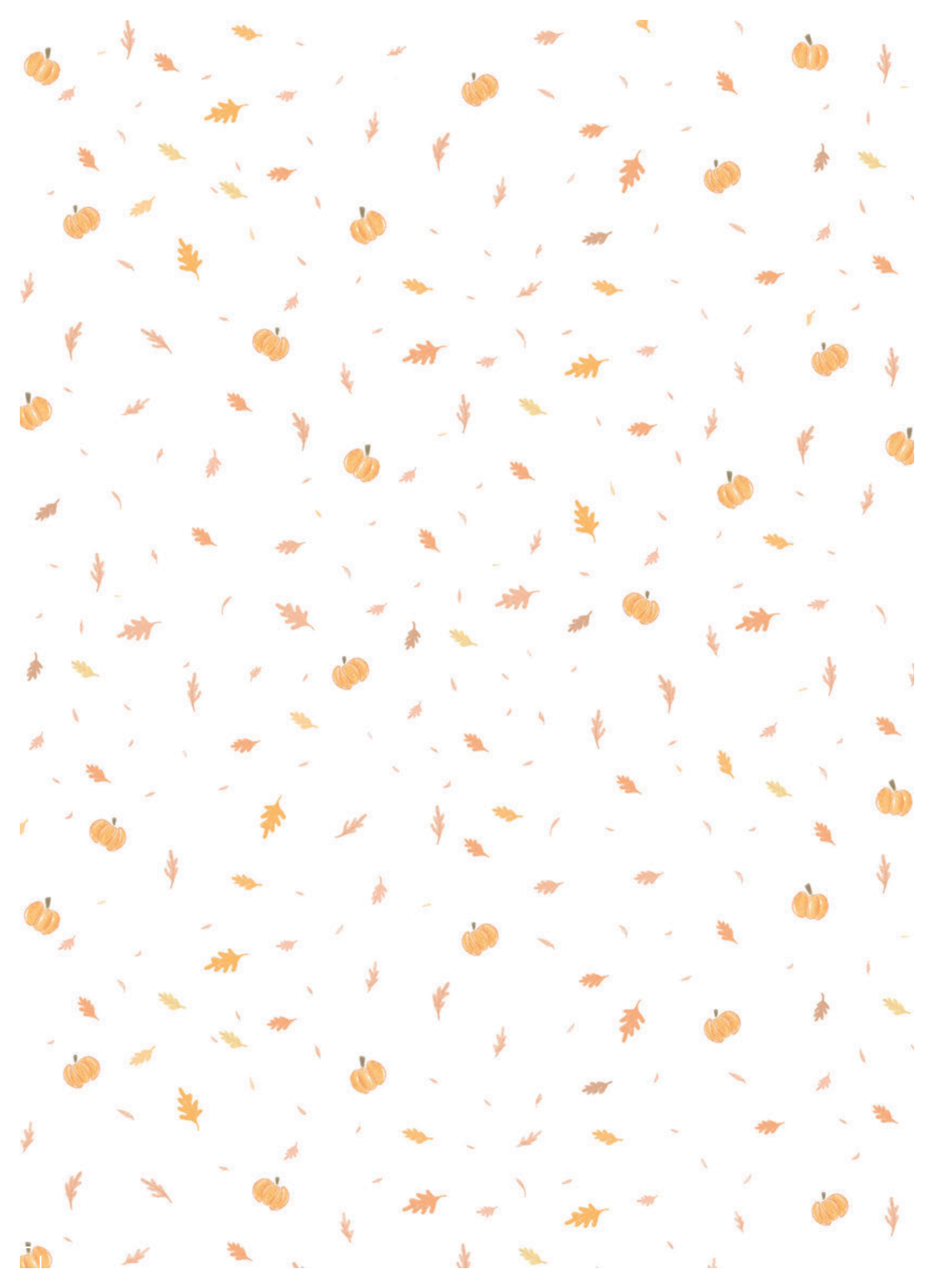
—Uf, otra vez el ratón Pérez... No, mi nombre es Gastón. Estoy acá porque colecciono uñas cortadas y sé que todos los sábados tu abuela te las corta. No se asusten, soy un ratón mandón pero muy juguetón.

La niña me agarró entre sus manos y me acarició las patitas. Me regaló sus uñas cortadas y las puse en el bolsillo de mi pantalón. Sí, ¿qué tiene de malo? ¡Soy un ratón que usa pantalón!

Después me invitaron un pedacito de queso pero les conté que no me gustaba, que mi comida preferida era la pizza de frutillas con mayonesa. Entonces la abuela se puso el delantal de cocinera y empezó a amasar. Un ratito después estábamos los tres saboreándola en la cama.

Al final está buenísimo vivir en lo de Gringuita. ¡Es que hay cosas que solo pasan en la casa de la abuelita!





Sopa de otoño y calabaza

El abuelo de Jacinto era dueño de una librería muy chiquita perdida en un pueblo todavía más chiquito. Cada tarde, cuando Jacinto terminaba de hacer su tarea, caminaba una cuadra y le tocaba la puerta a su abuelo, que siempre estaba acomodando los libros en los estantes. Esta era una librería en donde se conseguían libros de leyendas, historias viejas que pasaron hace mucho tiempo y que nadie sabe si en realidad sucedieron o no.

Jacinto siempre se sentaba en uno de los pasillos de la librería con su gato Torcuato que le ronroneaba un rato, y elegía un libro al azar. Daba tres vueltas apuntando con el dedo índice para adelante, se acomodaba sus anteojitos azules y agarraba el libro que le tocaba en suerte. Era un niño al que le gustaba mucho leer.

—¿Qué es lo que más te gusta de leer? —le preguntaba su abuelo. Y él nunca sabía bien qué responderle.

Ese día le tocó un libro de tapa dura que se llamaba Mi gato y yo.

«¡Qué casualidad!», pensó, mientras acariciaba a Torcuato.

Resulta que el libro narraba la historia de un niño que salió a pasear con su gato y caminaron tanto tanto que no supieron cómo volver. Entonces, de pronto, el cielo se puso oscuro y empezó a llover. ¡Se escuchaban unos truenos fuertísimos! Como si el cielo se estuviera rompiendo en mil pedazos. Estaban los dos en el medio de la nada, sin saber hacia dónde ir para volver a casa. A lo lejos vieron una casita de madera con la luz prendida. De la chimenea salía humo. Se acercaron y miraron por la ventana, mojados y embarrados. Adentro de la casa, junto a la chimenea, había un viejito tomando sopa de calabaza y otoño. Empezaron a sentir el aroma de la sopa y sus panzas empezaron a rugir de hambre.



Mientras Jacinto leía la historia, dejó de estar sentado en la librería de su abuelo. Mágicamente, ahora estaba metido en el cuento. Eran su gato Torcuato y él, muertos de frío, de hambre y de miedo, espionando al viejito en su sillón. Tenía muchas ganas de entrar a pedir ayuda y además de probar esa sopa. ¡Nunca había probado la sopa de calabaza y otoño! ¿Cuál será el gusto del otoño? ¿Dulce o salado?

Después de pensarlo un rato, se acercó a la puerta y golpeó tres veces.
Toc, toc, toc.

Segundos después, el viejito, de nombre Lito, abrió la puerta.

—Hola, yo soy Jacinto y este es mi gato Torcuato. No queremos molestarlo, pero es que estamos perdidos y llueve mucho. ¿Usted podría ayudarnos? — Jacinto hablaba y le temblaba la voz. No sabía si de frío o de nervios.

Lito los dejó entrar sin dudar y los invitó a sacarse las botas embarradas y a sentarse cerca de la chimenea para secarse. Además le sirvió una taza de sopa a cada uno. Ahí el niño descubrió el sabor del otoño: dulce y algo picante, suave pero crocante, libre y radiante. El viejito les empezó a contar que era leñador y que una vez tuvo que enfrentarse con un oso que de un rasguño le dejó una cicatriz en el brazo.

—Acá, ¿ves? —dijo Lito mostrando su brazo izquierdo.

Tenía muchas historias valientes para contar, como la vez que luchó contra un puma o cuando tuvo que escapar de una familia de serpientes que lo perseguía. Les contó que una noche durmió arriba de un árbol porque abajo había un grupo de perros salvajes que querían comérselo. Jacinto y Torcuato se quedaron escuchándolo atentos un buen rato. De pronto se dieron cuenta de que había parado de llover y había llegado el momento de volver. Lito les explicó que él podía llevarlos de vuelta a casa en su carreta, un poco vieja pero bastante coqueta, y Jacinto empezó a sentir que alguien le tocaba la espalda.

Cuando se dio vuelta se encontró con su abuelo.

—¡Abuelo! ¿Cómo llegaste a lo de Lito? —preguntó el niño.

—¿Quién es Lito? ¿Estás bien, Jacinto?

Es que ya no estaban más en lo del viejito, estaban de nuevo en la librería. Jacinto, sentado en el piso con el libro abierto y su gato Torcuato que dormía a su lado. No estaba mojado ni embarrado. Tampoco había olor a sopa.

—¡Ya sé qué es lo que más me gusta de leer, abuelo! —dijo parándose de golpe—. ¡Zambullirme en las páginas de los libros y convertirme en protagonista de todas las historias que existan!





Una estrella se estrella

La estrella Mirella vivía muy alto en el cielo con su familia de estrellas. Desde arriba veía todo lo que pasaba abajo y se moría de ganas de saltar y vivir muchas aventuras en tierra firme.

«Es mucho más divertido que estar acá arriba, como pegada con plasticola. Siempre estoy quieta y brillando. Yo quiero ser una estrella fugaz y fugarme de acá, por lo menos un ratito», pensaba.

Ese día anocheció temprano. En invierno los días son más cortos y las noches más largas y frías, así que eran las seis de la tarde y Mirella ya estaba ocupando su lugar en el cielo. Desde ahí miraba cómo los animales empezaban a prepararse para reunirse con sus familias. Habían estado todo el día paseando, cazando, jugando, y ya era hora de volver a sus cuevas. Los pajaritos, a sus nidos; los castores, a sus madrigueras; los monos, a alguna rama en los árboles. Más allá se veía un grupo de cebras camino a sus refugios para pasar la noche y, más acá, metido en su cueva, el oso Sinforoso, que se la pasaba durmiendo durante todo el invierno como un perezoso.

Después de un rato de estar mirando con atención, pasó Paz, una estrella fugaz. El polvillo que dejó al pasar hizo estornudar a Mirella.

— ¡Aaachis! ¡Aaachis! ¡Aaaaachiiiiis!

Hizo tres achís seguidos, se despegó del cielo y empezó a caer. ¡Como una estrella fugaz!

Iba muy rápido y sentía cosquillas en la panza. Como cuando estamos nerviosos. Solo que esta vez eran nervios de los lindos. Tenía un poquito de miedo porque no sabía dónde iba a caer ni cómo iba a hacer para volver al cielo, pero estaba con muchas ganas de vivir una gran aventura.

Un minuto después, cayó justo arriba del rinoceronte Conte, que dormía plácidamente en el monte. Conte se despertó del susto y con su voz grave y malhumorada le preguntó:

—¿Y vos quién sos? ¿Qué hacés acá?

—Soy Mirella, una estrella. Me caí del cielo porque estornudé muy fuerte y vine a parar acá. ¿Estamos en la selva?

—¡Claro! Esta es la selva, y estaba soñando algo muy lindo.

¡Me despertaste! —gruñó Conte.

—Te pido perdón, ¿cómo te llamás? —preguntó la estrella con miedo.

—Soy Conte, el rinoceronte, y odio que me despierten cuando estoy durmiendo —dijo mirándola fijo con ojos de enojado.

A Conte se le escapó un bostezo y cuando estaba a punto de irse se dio cuenta de que la estrella estaba preocupada y le dio pena. Parecía un rinoceronte malvado pero en realidad era un copado.

—Bueno, ¿en qué puedo ayudarte? —dijo mientras se sacaba las lagañas de los ojos.

—En realidad siempre quise bajar a la tierra. Vivir allá arriba es lindo, pero tenía muchas ganas de conocer cómo se vive acá y hacer nuevos amigos.

—Ey, despiértense, ¡tenemos visitas! —empezó a gritar Conte.

Todos los animales le tenían mucho respeto porque cuando se ponía de malhumor era malísimo, así que decidieron hacerle caso.

Apareció la gacela Marcela que venía charlando con el tucán Florián. También el leopardo Gerardo y la gorila Danila. Y, por último, el jaguar Gaspar que discutía por algo con el carpincho Tincho.

—¿Qué pasa, Conte? ¿Por qué nos estás despertando? —dijo Gerardo, el leopardo—. Hoy tuvimos un día de mucho trabajo, ¡dejanos descansar!

—Créanme que se van a sorprender —les adelantó Conte.

Entonces apareció Mirella, que estaba escondida detrás de un árbol.
Se acercó a los animales dando saltitos de estrella y con su luz iluminó a todos.

—Buenas noches, soy Mirella y me caí del cielo sin querer. Me encantaría que me acepten y que me muestren cómo es un día en la selva con ustedes. Eso sí, no tengo mucho tiempo. En unas horas mi luz se va a ir apagando, y antes de que eso pase voy a tener que volver al cielo.

Todos los animales se miraron entre sí, muy sorprendidos y divertidos.
Nunca habían visto una estrella tan cerquita. ¡Mirella era muy bella!

La estrella y los animales pasaron muchas horas recorriendo la selva.
Se tiraron por las lianas de los árboles copiando al mono Bono, que hacía unas piruetas muy difíciles, chapotearon en las cascadas e hicieron un pícnic con bananas, paltas y nueces. Después treparon palmeras para agarrar cocos, romperlos y tomarse el agua de adentro.

—Mmm, agua de coco, ¡qué rico! Esto no existe allá en el cielo —dijo Mirella.

También descansaron debajo de unos arbustos mientras el tucán Florián contaba chistes.

Después de la siesta, el leopardo Gerardo les dio unas clases de gimnasia y el carpincho Tincho les enseñó a tocar el tambor, antes de que Marcela, la gacela, les diera unas lecciones de matemática. Después de darse un chapuzón en el río, Mirella y Conte fueron a juntar flores para que ella le llevara a su mamá cuando volviera al cielo.

—Mirella, ¡tu luz se está apagando! —dijo Conte—. Tenemos que pensar en un plan para que vuelvas al cielo antes de que te apagues del todo y dejes de brillar.

Conte estaba preocupado porque no sabía cómo iba a hacer para que Mirella volviera al cielo antes de que perdiera su luz para siempre.

¿Cómo podían hacer para mandar a Mirella de nuevo a su casa?

—Yo puedo ayudarlos —dijo una voz suave que venía de la copa de un árbol.

Miraron para arriba y entre las ramas apareció caminando la cigüeña Eugenia.

—No sé si sabían, pero una vez volé tan alto que me choqué con un avión. Ese día, allá arriba, me crucé con muchas estrellas. Sé cómo hacer para que Mirella vuelva a su casa.

¡La estrella y el rinoceronte se pusieron tan contentos!

No tenían tiempo que perder, Mirella apenas tenía luz. ¡Tenían que apurarse!

Entonces Eugenia, con sus plumas blancas y suavecitas, voló hasta ellos. Llevaba en su pico una bolsita con la que trasladaba a sus bebés y la invitó a Mirella a entrar en ella.

—¿Estás lista? —preguntó la cigüeña.

Conte ayudó a Mirella a acomodarse y antes de que se echaran a volar se abrazaron muy fuerte.

—Gracias por todo, Conte. Fui muy feliz acá abajo con vos y tus amigos. Pero llegó la hora de volver a casa. No te preocupes, ahora sé cómo hacer para venir. ¡Solo tengo que estornudar tres veces!



Conte y el resto de los animales la saludaron cuando la cigüeña empezó a aletear para levantar vuelo. Al rinoceronte malhumorado y de voz grave le temblaba la pera y no quería que nadie lo viera. Iba a extrañar a Mirella, pero ahora solo los separaba un achís. O tres.



